

Pedro Nikken

*Vicepresidente del Instituto Interamericano de  
Derechos Humanos*

En nombre de quienes hemos tenido el privilegio de organizar, por cuenta del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, este Simposio para la Consolidación de la Democracia en América Latina, les ruego aceptar la más cordial de las bienvenidas, especialmente a los invitados no venezolanos, que simbolizo en los Presidentes Raúl Alfonsín y Belisario Betancur, cuya inmensa autoridad moral y política, así como el notable testimonio que como gobernantes rindieron en favor de la paz, de la democracia y de los derechos humanos enaltecen este evento y multiplican su proyección y sus expectativas.

Quiero también presentar el más respetuoso saludo de los organizadores al Presidente Carlos Andrés Pérez, a quien agradecemos muy de veras todo el apoyo que nos ha prestado, al Presidente Rafael Caldera, a los señores Embajadores y Jefes de Misión aquí presentes, así como a todas las personalidades que nos acompañan y prestigian este acto. Nuestro reconocimiento a los catedráticos que, en función de ponentes o relatores han dado un sólido sustento intelectual a este Simposio. Vayan también mis palabras de gratitud hacia las diversas instituciones

públicas y privadas que nos han prestado su apoyo en la organización del Simposio.

El Instituto, a través del Centro de Asesoría y Promoción Electoral (CAPEL), ha tenido la singular oportunidad de cooperar en todo el proceso reciente de recuperación democrática en América Latina. Este Centro, creado cuando apenas se vislumbraba el proceso de transición democrática en América Latina, ha prestado asesoría en materia de organización electoral a varios países del hemisferio, especialmente útil en los casos de largas interrupciones de la praxis democrática. Ha desarrollado también, en varios de esos casos, campañas de educación cívica para estimular a la población a incorporarse a las diversas fases del proceso electoral y para informar sobre los procedimientos electorales.

Somos ahora testigos de un hecho sin precedentes, como es la vigencia de la democracia en la casi totalidad de nuestros países, cuyos gobiernos son producto de elecciones genuinas.

En verdad, en el mundo entero, se vive un tiempo sin precedentes de florecimiento de la democracia. Se trata de movimientos que han tenido en común una inequívoca voluntad popular que ha obligado, pacíficamente la más de las veces, al autoritarismo o al totalitarismo a dejar abierto el camino para formas democráticas de gobierno.

En el caso latinoamericano, el cuadro político presenta, con todo, particularidades inquietantes. El renacer democrático ha estado acompañado de la mayor crisis económica y social de nuestra historia. Lamentablemente, nunca habíamos tenido tanta libertad y acaso tampoco nunca habíamos estado tan mal. Es la gran paradoja que debemos enfrentar.

Esta situación, claro está, a la primera reflexión que debe llevar es a la relacionada con la búsqueda de fór-

mulas de fondo para superar la crisis y encontrar caminos de convergencia que aseguren el progreso armónico de la América Latina. Otro aspecto, sin embargo, que merece ser destacado y que aspira estar muy presente en este Simposio, es la vinculación estrecha que esta crisis pone de manifiesto, una vez más, entre los derechos civiles y políticos y los derechos económicos sociales y culturales del ser humano. No sólo por la premisa ética que impide distinguir entre el sufrimiento humano que proviene del despotismo de aquél que se origina en la explotación y en la injusticia, sino porque la ofensa masiva a los derechos sociales entraña serios riesgos para el goce de los derechos individuales y de las libertades fundamentales.

En efecto, por una parte, la crisis ha acentuado expresiones de violencia social, que inciden negativamente sobre la seguridad e integridad de los derechos civiles de todos. Por otra parte, la prolongación y la agudización de la crisis social pueden llegar a abatir la fe del pueblo hacia las instituciones políticas y generar un estado de opinión, si no favorable, al menos indiferente frente a aventuras antidemocráticas que, por lo demás, no ofrecen tampoco ninguna esperanza de superación de la actual coyuntura económica. La democracia latinoamericana es grande como nunca, pero está bajo el acecho de grandes dificultades.

Estamos, pues, frente al desafío de defender la democracia. El primer escenario de esa lucha es, desde luego, el ámbito doméstico de cada uno de nuestros países. Hay que fortalecer las instituciones, adoptar acciones efectivas para superar la crisis, y sostener la fe del pueblo. Otro ámbito, no obstante, llamado a cobrar cada vez mayor importancia para promover y defender la democracia es el internacional, y particularmente el interamericano, escenario de varias acciones y también de numerosas frustraciones dentro de ese propósito.

Tenemos la firme esperanza de que el Instituto, orgulloso de su pluralismo y de su vital compromiso con los derechos humanos y con la democracia, pueda ser un foro para que converjan los demócratas de América en búsqueda de fórmulas que refuercen la libertad y el bienestar de nuestros pueblos.

En nombre de esa esperanza, señores invitados, gracias, muchísimas gracias por habernos dado la oportunidad de reunirlos a platicar sobre estos temas cruciales.